

González Rodríguez o la metafísica del crimen

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

En una entrevista reciente concedida para la *Revista Ñ* de Argentina, el escritor italiano Roberto Calasso indicaba: “El sacrificio es universal, se encuentra en todas partes. En México es el último país donde se debe explicar esto, y obviamente en el cristianismo, aunque de formas completamente diversas.” Acaso nadie atendía tan claramente esta encomienda —explicar a México como último reducto del sacrificio—, como Sergio González Rodríguez, narrador, ensayista y periodista cultural fallecido hace unas semanas a los 67 años víctima de un infarto.

Giorgio Colli en su libro *el Nacimiento de la filosofía* escrito a finales de los años setenta, declaró que “la locura es la matriz de la sabiduría”, y volvió del revés la idea de que la filosofía era resultado de la razón para entenderla como un enigma que sólo se resuelve en la posesión, en la acción claramente hostil del Dios que subraya lo insondable, el capricho y la ambigüedad frente al límite, la medida y la racionalidad; desde entonces un puñado de escritores comprendieron que el mundo de lo irracional, de lo místico volvía a imponerse, entre ellos estaban Aby Warburg, Elias Canetti, Walter Benjamin, Roberto Calasso, y entre nosotros, Sergio González Rodríguez.

“La tierra entera es sólo un enorme altar sobre el que todo lo viviente debe ser perennemente sacrificado, sin medida, sin pausa, hasta la final consumación, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte”, esta opinión gnóstica del joven Joseph de Maistre forma parte de ese terrible conocimiento sobre el secreto que puso en acción toda la obra (ensayística y narrativa) de Sergio González Rodríguez. Exploró un territorio ambiguo, que los novelistas rechazaban por excesivo y los periodistas por improbable, para él, en cambio, era imposible explicar lo que ocurría (y ocurre) en nuestro país sin esa zona irracional, oscura, imprecisa. Ya desde, *El centauro en el paisaje*, libro con el que quedó finalista del xx Premio Anagrama de ensayo en 1992, declaraba: “En la cultura de una sociedad subyacen creencias, estratos religiosos que surgen a la superficie cotidiana en momentos de tensiones. El forcejeo entre las inercias de lo tradicional y los imperativos modernizadores abren el espacio para aparición de efectos indeseables, el furor intolerante, la requisitoria violenta ante las afrentas a los misterios de la fe”.

Ese furor intolerante, la revuelta irracional contra un país

que se modernizaba, González Rodríguez la encontró ejemplificada y se diría magnificada en los feminicidios. Fue, no el único, pero sí uno de los primeros en investigar y teorizar sobre las muertas de Juárez, en *Huesos en el desierto* (Anagrama, 2002) el libro que lo visibilizó y lo convirtió en un paradigma del periodismo cultural en México, señalaba que los feminicidios cruzan la línea del mero crimen, para convertirse en una suerte de “sacrificio ritual”; para Rodríguez el narcotráfico es inexplicable sin la brujería “ya que esta tradición cultural permite reforzar a los grupos sociales que operan en la clandestinidad y cuyas prácticas son secretas”.

Los detractores de *Huesos en el desierto*, aseguran que hay una gota de literatura en ese estudio periodístico. Lo que sucede es que González Rodríguez no se queda en la superficie, allí donde los crímenes se vuelven estadísticas y la justicia un interminable papeleo, bucea en el interior de la conciencia social, donde la realidad no se termina pero se transforma y sus raíces avanzan (o retroceden, vaya usted a saber) más allá del presente. Rodríguez fue a Ciudad Juárez como D. H. Lawrence vino a la Ciudad de México: a descubrir ese lugar maligno y bárbaro, ese México profundo que mantiene su poder a través del sacrificio. Cuando acaben (si acaban) esos crímenes y el libro pierda toda connotación periodística, *Huesos en el desierto* se leerá como debe leerse: como un libro donde se explora la metafísica del crimen.

En *De sangre y de sol*, a través de símbolos universales como el corazón, el pentagrama, la sangre y la serpiente, y de las ideas de artistas, filósofos y científicos como D. H. Lawrence, José Vasconcelos, René Guénon o John Whiteside Parsons, el autor va en busca del “saber hermético, jerárquico e iniciático inscrito a través de los siglos”, que sedujo a estos hombres y que, en ciertos casos, dio como resultado una filiación a los movimientos fascistas de su época, y en otros, como aquéllos que participaron en el Círculo de Eranos, entre los que se encontraba Carl Gustav Jung, permitió “un encuentro o prolongación de un pensamiento en torno a lo sagrado”.

Lo sagrado es un secreto que mancha de sangre a unos y consagra a otros. Ese secreto sólo puede existir dentro de un grupo de iniciados, de otra forma el secreto dejaría de ser una revelación para convertirse en un saber práctico, en una mera técnica; este saber legítima al grupo de iniciados para crear una diferencia entre el grupo mismo y los que no pertenecen a él, entre los que saben y los que no, entre unos y los otros. Existen dos implicaciones que surgen de esa idea, por un lado, que bajo todo poder subyace un acto sangriento, un ejercicio violento que cohesionan al grupo mismo y le da poder; y por el

otro, la sugerencia de que el resto, aquéllos que no pertenecen al grupo, se convierten en una sociedad de *ilotas*, es decir, en un cuerpo de víctimas.

Pero, ¿cómo es que la intención de *conocer*, de acercarse a los misterios eternos puede llegar a transformarse en un saber criminal? La respuesta no puede ser unívoca. Y es aquí donde González Rodríguez muestra todo el rango de su inteligencia, no sólo proponiendo a lo largo del libro diversas conjeturas, (los ensayos son para proponer, para buscar y jugar, no para cancelar un tema) sino va más allá, pues tanto sus ensayos como su narrativa tienen, desde mi punto de vista, la voluntad de responder a este mismo planteamiento.

Desde *Los bajos fondos*, González Rodríguez se ha interesado por las entrañas de la sociedad, en su envés. Por ejemplo, en un texto para el Festival de México en el Centro Histórico, González Rodríguez dice: “La fascinación que emite el Centro Histórico de la Ciudad de México proviene de un misterio: el rito de la sangre derramada sobre la que se funda su poderoso impulso constructor. (...) nunca dejó de estar presente en el Centro Histórico el corazón que hablaba de su origen y destino telúricos. En el mundo náhuatl, aquélla era una palabra clave: por ejemplo, tanto el dios como el cielo, la montaña, el lago o, por extensión, lo fabricado por la mano del hombre, tenían un corazón —Yóllotl— en el que residía lo vital, el impulso humano”.

En la novela *La noche oculta* (1990), González Rodríguez va en busca de los mismos temas que en *De sangre y de sol* y *El hombre sin cabeza*: el asesinato ritualizado, las relaciones entre el nazismo y México, las sesiones espiritistas, el saber esotérico relacionado con el crimen sexual y, la visita de D.H. Lawrence a México; estos temas se encuentran en ambos libros como si se trataran, más que de una repetición o un mero eco, de un sello de agua que fluye desde sus publicaciones más tempranas.

Que el poder tiene pasadizos ocultos y lo sostiene un grupo de iniciados, ya fue señalado por Platón y ejercido por los “Guardianes” de su República —una versión arcaica y augusta de lo que González Rodríguez llama en una de sus novelas la “pandilla cósmica”—; bajo el mismo perfil, en los tiempos actuales, *Masa y poder* de Canetti ha desmenuzado la fenomenología del poder; y en la *Ruina de Kash*, Roberto Calasso ha hablado del sacrificio y sus relaciones con el poder desde el nacimiento de la civilización hasta nuestros días. Lo que ofrecen *De sangre y de sol*, *El hombre sin cabeza* y su último libro *Los 43 de Iguala* es, por una parte, el acento mexicano, que no nacionalista, pues lo muestra sin énfasis y a la altura de cualquier otro momento cultural: como la filiación pronazi de José Vasconcelos y del doctor Atl; los ritos solares que tanto Zelia Nuttall como Octavio Paz reconocieron en la casa donde vivieron en distintas épocas, la Casa de Alvarado, que perteneció originalmente al conquistador a quien los naturales confundieron precisamente con Tonatiuh; o los viajes a México que hicieron Lawrence, el mago Aleister Crowley y Madame Blavatsky.

Pero, tal vez lo más interesante, sea que González Rodríguez ubica la tensión entre la comunidad secreta y la sociedad, entre el *volkgeist* y la *civilisation*, entre la conciencia de raza y la ciudadanía, no tanto en las naciones y sus tradiciones literarias o mitológicas, sino en lo más profundo de cada individuo; la reacción antidemocrática y antiliberal, no parece necesitar

de estandartes y ejércitos, más bien nace entre “las extensiones paródicas de algún sueño, de alguna clandestinidad, esperanza o desaliento *íntimo* que laten desde una zona siempre más cercana a lo inexpresable, por comprometedor o transparente, por indicativa de un devenir” (el subrayado es mío). Allí donde encontramos lo sagrado, que puede ser lo mismo “una librería de viejo”, “un hotel de parejas” o una “papelería de barrio”, allí también pueden fraguarse “la pesadilla del daño y la violencia alevosa”.

A lo largo de todos sus libros intentaba hacernos conscientes de que frente al vertiginoso mundo de novedades técnicas y productividad, de mercancías y cálculo financiero, surgía “un poder violento con amplios recursos económicos: satanismo, narcotráfico y sacrificios humanos”.

En efecto, creo que su obra bebe de los textos de Colli y de Calasso, entre muchos otros, pero también son una respuesta ensayística, se diría intelectual, de esa corriente literaria nacional que explora la profundidad de la violencia en el México contemporáneo y la ve reflejada, como símbolo, en el mundo prehispánico, me refiero a cuentos como “Chac Mool” de Carlos Fuentes, “La fiesta brava” de José Emilio Pacheco, en cierto modo el *Farabeuf* de Salvador Elizondo y los “Vampiros aztecas” de Pablo Soler Frost.

En este sentido, González Rodríguez era un iniciado, es decir uno de aquellos que buscan “la verdad”, veía la iniciación no sólo como “un flujo espiritual, sino un proceso vivencial de cariz continuo, enriquecido por todas las pruebas, tentativas, experiencias y, sobre todo, enseñanzas: una iniciación al misterio propio de cada quien. En otras palabras, el reencuentro con el antiguo pacto que asocia lo visible con lo invisible, lo immanente con lo trascendente, el hombre que está más allá del hombre en las comprensiones de la historia y lo que vislumbra cada instante para permanecer como un manto que desafía lo social”.

Esta es su verdadera búsqueda, por eso en su obra teósofos y esotéricos se dan la mano bajo la mesa con periodistas y detectives, los sacerdotes sacrificantes y las víctimas propiciatorias viajan en metro y trabajan en la maquila. Y algo lamentable de su muerte, además de la desaparición de un amigo, de un crítico imprescindible dentro del medio cultural mexicano, es que no pudo concluir esa búsqueda, sabía que existía el mal y para conjurarlo había que restaurar una experiencia, pero no dijo cómo: “El orden y la conciencia cósmica de las civilizaciones antiguas han desaparecido; los han desplazado el idealismo y la supremacía del intelecto por encima de la fe en la sangre y el cuerpo. Hay que recuperar la conexión perdida, el juego correcto de oposiciones que rige en la creación. Basta restaurar el flujo natural de la vida, la experiencia sexual como un paso transitorio hacia un estado superior de equilibrio. El mal late, respira por la herida de esta desvinculación con el Cosmos, el mundo, la sociedad, la familia”.

Si Borges señalaba que Swedenborg hablaba con ángeles y demonios en las calles de Londres; se podría decir González Rodríguez no comprendía el mundo sino como la eterna batalla entre el bien y el mal. Su labor entre nosotros fue hacernos ver que esa batalla no está concluida, y que uno siempre toma partido.

S

LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

En un mundo henchido de *autómatas espermáticos* que al mezclarse entre sí conforman las *masas de perdición* detestadas por Albert Caraco, ¿cómo hablar todavía del héroe, de ese extraño ser emboscado fuera de los anhelos comunes, pero que a la vez es el impulso que las *masas* necesitan para continuar con su incierta carrera por el fango de la existencia? ¿Cómo evocar a quienes siempre van un paso adelante del bien máspreciado de los individuos, *la seguridad*, cuando el valor que antaño se les atribuía ha desaparecido? La respuesta es muy sencilla: los *autómatas espermáticos* han estado y seguirán estando a lo largo de los tiempos bajo la sombra del héroe. Si en la actualidad la cobardía y la más patética hipocresía imperan, no quiere decir que el espíritu heroico no se enseñoree del entorno. La figura del héroe se desdibuja cada vez más y más por el flujo deletéreo de los derechos sociales, hoy llamados democráticos, pero sólo para emerger como alguien que sabe reírse de y con el mundo. El héroe es un aristócrata, y como todo buen aristócrata se ocupa y preocupa por los otros. Sin embargo, el impulso que lo activa se esconde bajo el velo de designios inescrutables... designios no propiamente humanos: detrás de todo héroe se esconde un dios que desea jugar, entrar en la esfera de lo contingente, allí donde la seguridad es un guiño hilarante. De otra forma no se podría entender la fuerza y el poder que expresan los guerreros en una batalla sangrienta, justo donde la seguridad es el último punto a conquistar. La presencia de dioses o de potencias inefables, junto con la ligereza y el desparpajo con que ciertos hombres abordan la existencia, es la fórmula inquebrantable del heroísmo. Los dioses son ligeros, incluso bromistas, y esa ausencia de pesadez es imitada por los guerreros en las circunstancias más solemnes. Sólo entonces entendemos por qué los héroes dejan de lado la tan preciada seguridad, con el fin de realizar actos excepcionales donde los otros están antes que ellos, donde la vida de los otros va primero que la de ellos. Por eso son los únicos aristócratas, los mejores, los buenos, los poderosos, para utilizar las palabras de Nietzsche. Fuerza y espíritu de ligereza, he ahí el secreto del heroísmo. La seguridad sólo es preciosa si antes sobrevaloramos este efímero episodio llamado vida. Y lo importante es asignarle su justo valor. En este sentido, la tarea del héroe es circundada por una ambigüedad inexorable: sin dejar de afirmar la vida hasta las heces, con toda la fuerza que se pueda, imprimiéndole el *Sí* que tanto apreciaba Nietzsche y sin el cual la idea de eterno retorno se desmoronaría, no olvidar que es un simple juego perpetrado

por los dioses, o por *Aquello* que precisamente los dioses expresan. Entonces la seguridad, e incluso cualquier pretensión de seriedad, se derrumban estrepitosamente mientras la risa de los inmortales se escucha a lo lejos. Se afirma la vida, pero no para prolongarla *per se* —eso es algo que tiene que ver más con una muerte en vida, acechando poco a poco, que con un acto afirmativo—, sino para disfrutarla incluso en sus más terribles aspectos. No hay nada que pueda impedirle al verdadero guerrero decir *sí* ahí donde todo presagia el fracaso; de otra forma ya habría optado por el suicidio: ¿qué puede ser un fracaso mayor que estar vivo! El héroe sabe que este tejido de simulacros llamado mundo es un campo de juegos donde el sentido está cifrado en el *Sí*. Todo lo demás, incluidos los fines que nos afanamos en asignarle a la existencia, lo único que logran es insuflar falsas expectativas en esos extraños animales llamados humanos, siempre deseosos de atribuirle a su presencia algún significado. El héroe, en cambio, juega con los simulacros, con el carácter efímero de la existencia, logrando hacer de lo serio un juego y del juego algo muy serio. Y para eso se necesita poseer algo elemental: valor. El valor del héroe se presenta como un vínculo con el mundo que le inyecta sabor sin justificarlo como fin en sí mismo. Cuando uno se toma muy en serio este juego de sombras, como pensó Platón, el valor no tiene cabida. Nos esforzamos por lograr que los acontecimientos no sobrepasen nuestras previsiones, y así nos escondemos, temerosos, en un rincón donde la vida nos pase de lado. Sin embargo, no tomarse la vida a pecho es más difícil de lo que parece, se requiere de valor, de fuerza y de poder, y sólo así es posible afirmar lo que desde un inicio se perfila como una pesada broma. En estos tiempos donde la fuerza y la bravura son denostados, poniendo en su lugar una serie de palabras (democracia, igualdad, justicia, etcétera) acuñadas por los *autómatas espermáticos*, mejor conocidos como los nuevos ciudadanos democráticos, es importante reconocer a los guerreros de hoy y saludarlos. Aprovecho esta pequeña digresión sobre el heroísmo para saludar a un guerrero imbatible, que cubierto por la literatura esgrime sus mejores golpes. Cuando leí *Huesos en el desierto* entendí lo que hoy en día es un héroe: alguien que juega magistralmente con el orden de las imágenes, pero sobre todo que logra borrar la frontera que separa los *ídola* del mundo (todo el monumental trabajo periodístico que realiza) de los *ídola* de su mente (el todo que implica *Huesos en el desierto*), y a pesar de que los *autómatas espermáticos* terminaron confundidos, y por lo mismo enojados por este variegado juego de imágenes donde la realidad y la ficción son una sola, donde la realidad de aquéllos se ve comprometida por los embates de este temible guerrero, su *Sí* se mantiene, como todo él, de pie frente a lo que venga. Sergio González Rodríguez, te saludo.